

# "Manuel Rodríguez": un desastre incalificable

Por Anfitrión

Esto no es ni siquiera mal Teatro. Se trata de una serie de desdichadas estampas radiales, difundidas de antemano por una emisora, que ahora llevaron al escenario del Santa Lucía pretendiendo ofrecer con ellas un espectáculo escénico. Su infima y burda calidad impide incluso el juicio crítico. Un arquitecto podrá juzgar un edificio, por muy desastrosa y de mal gusto que sea su pianificación y construcción, siempre que sea eso: un edificio. Pero si se le coloca ante cuatro palos y unos tristes pedazos de cartón, asegurándole que aquello es una casa, sólo podrá atestiguar que no lo es.

En una situación análoga se encuentra el crítico ante productos informes como este "Manuel Rodríguez", del novel Jorge Díaz Gutiérrez. Su misión debiera reducirse en estos casos, a ignorar el engendro, a no hablar de él, o a escribir una sola palabra: Pésimo.

Pero la rimbombante propaganda que acompaña al estreno, el hecho de que se utilicen como anzuelo nombres de prestigio, y que se haya rodeado la "premiere" (jueves 3) de la solemnidad de un acontecimiento teatral, obligan a advertir a posibles espectadores de buena fe sobre el desastre que les espera.

En la presentación de los 3 actos y 14 cuadros—en interminable y torpe sucesión que dura cerca de cuatro horas—parece que se hubieran olvidado totalmente las normas más elementales de una representación escénica. Es inconcebible que un director como Teodoro Lowey, hasta ahora serio y responsable—recuérdese su último y encomiable trabajo en la realización de "Un Hombre de Dios" con el Teatro de Ensayo—, se haya atrevido a levantar el telón para ofrecer estas estampas de la vida del guerrillero. Tampoco se comprende cómo un comediante de estimable carrera—Jorge Alvarez— aceptó representar a un grotesco y burdo Manuel Rodríguez, que no es un personaje, sino una ordinaria caricatura, un lamentable guiñapo escénico que movería a risa y a burla, sino produjera tristeza—por el retroceso que significa en nuestro ascendente movimiento escénico—, y desagrado. Alvarez, forzado y falso en su encarnación, reduce la figura del guerrillero a una especie de payaso con aficiones de transformista. Se coloca pelucas baratas bigotes postizos a medio pegar, toscos maquillajes. Quiere imitar a los disfraces ocasionales que se vio obligado a adoptar el protagonista para escapar a las persecuciones. Alvarez aparece como fraile, como ridículo obispo de Concepción, como soldado realista.

La escena en que, aprovechando su disfraz eclesiástico, se dedica a confesar a dos mujeres es de un mal gusto tan subido y de una intención tan descarado halago a las capas más bajas del público, que produce en muchos un sentimiento de rubor, de vergüenza. Además el mismo actor recurre

a groseros trucos táctiles, ejercidos contra algunas actrices, que en nuestro medio se eliminaron—por estimarlos demasiado bajos— incluso de los "sketches" de algunas compañías de revistas frívolas.

El resto de la interpretación (hay 60 personas en el reparto) y de los recursos para buscar el apluso, son por lo menos de tan infima clase como los indicados. La presentación—luces, decorados, trajes, música transmitida por estridentes altavoces—es acaso lo peor y más pobre que se ha visto en Santiago desde hace varios decenios.

El libreto no sólo es francamente malo, sino que puede tacharse—pese a la propaganda "patriótica" que envuelve a la obra—de antipatriótico. Por torpeza, no por intención resulta en conjunto una pieza contra Manuel Rodríguez y más aun contra quienes la presentan y la representan.

Aunque en los carteles—no hay programas—se anuncia como escenógrafo a Ricardo Moreno, notable decorador del Teatro Experimental, el mismo nos comunicó después del estreno que solo dibujó los bocetos de los decorados y "ni los realizó, ni pudo controlarlos por encontrarse enfermo". Esto exige afortunadamente a Moreno de cargar con los esperpentos escenográficos que cierran con un marco del peor gusto imaginable los 14 cuadros de "Manuel Rodríguez".

